

Liberalismo y autoritarismo

*Guillermo Gortázar**

Creo que la división izquierda-derecha está vigente. Facilita, en un mundo complejo como es el moderno, tanto la ubicación de cada cual cuanto la de las posiciones políticas. En síntesis, diría que la izquierda globalmente tiende a reforzar o a desarrollar todos los elementos igualitarios, mientras que la tradición de la derecha –o por lo menos lo que yo entiendo por derecha, es decir, liberal-conservadora– tiende a colocar en primer lugar la libertad, el individuo, frente a la idea de colectividad que tiene la izquierda.

Esta división o frontera entre conceptos, cuando se es moderadamente igualitario y moderadamente liberal, está más en el centro, y cuando se es más marcadamente partidario de la libertad frente a la igualdad, está un poco más en la derecha, por así decirlo.

Es cierto que en los conceptos de izquierda y derecha hay matices. Hay una derecha que ha prolongado una tradición cristiana, socialcristiana e incluso democristiana. Es la que ha puesto en un primer plano más la igualdad que la libertad. Pero se trata de una tradición política más del siglo XX que del XIX. En el siglo XIX se inició un cambio hacia la libertad como elemento diferenciador o alternativo frente al Antiguo Régimen, y en consecuencia ese centroderecha de tradición histórica, conservador y liberal, prioriza con mucho la libertad. Dejó la igualdad en un segundo término, y sobre todo la entiende como igualdad ante la ley e igualdad de oportunidades.

Por su parte, la izquierda, tanto en el XIX como en el XX, ha priorizado la igualdad. Ha buscado utilizar el Estado para forzar esa igualdad, intervenir para redistribuir rentas y patrimonios. En consecuencia, ha dejado la libertad y los derechos individuales en un plano secundario.

Dentro del espectro de la derecha, en la tradición española del parlamento decimonónico y hasta el año 1923, tenemos una irrupción de ideologías autoritarias, fascistas, en el sur de Europa, una derecha que no tiene nada

* Historiador. Diputado de las Cortes por el Partido Popular.

que ver con la tradición liberal y conservadora. Los conservadores eran gentes que procedían del Antiguo Régimen, que se fueron adaptando a los sistemas parlamentarios y constitucionales intentando compaginar la tradición con la idea de libertad. Los liberales, por su parte, antepusieron la libertad en marcada contradicción con el poder de la Iglesia y los poderes establecidos, así como de todos los sistemas que no fueran constitucionales. Ahora bien, en el siglo XX hay otros movimientos de derechas que no ponen la libertad en primer lugar. Entonces yo diferenciaría entre lo que es la tradición decimonónica, liberal y conservadora, devota originariamente de un régimen de notables y posteriormente más ensanchada hacia la democracia, de lo que es una derecha de tradición cristiana, socialcristiana y, más allá, de ribetes autoritarios, que poco tiene que ver con nuestra tradición liberal-conservadora decimonónica.

El panorama de la izquierda se dividía entre la izquierda totalitaria, de tipo comunista, y la izquierda socialdemócrata. La izquierda totalitaria, de la cual quedan algunos restos, creo que tiene —como decimos en España— un «futuro más negro que la Falange»; así, sus dificultades para mantenerse y desarrollarse son extraordinarias. Para mí, lo interesante no es esta división dentro de la izquierda que se produjo en los años 40 y 50 de este siglo, sino la disyuntiva en la que hoy se encuentra la socialdemocracia. Esta disyuntiva es la de seguir dos modelos, el igualitario-estatalista de Jospin, o el liberal, heredero de los principios de individualidad, mérito, ahorro, trabajo, de la señora Thatcher, que está representado por el señor Blair. Para desgracia de nuestro país, en este caso, la izquierda española mira mucho más a la izquierda francesa. Creo que la izquierda francesa está en un marasmo de contradicciones y de falta de adecuación al mundo competitivo de la economía global y de los nuevos valores. En este sentido, lo que se echa de menos en España son opciones de izquierda más modernas, más a la británica, más liberales, porque la izquierda está muy anclada en posiciones de racionalismo francés y del Estado *avant tout*.

El modo que tiene esta izquierda británica de defender la igualdad se da a través de la educación, de la igualdad de oportunidades, del trabajo, del mérito, de no desarrollar algo tan español como es la envidia, la envidia redistributiva. Veo en la izquierda británica signos de respeto de la herencia thatcherista recibida. Por ejemplo, no se ha movido el tope máximo de impuestos del 40%, no se ha retrotraído ninguna privatización y sin embargo se hace un extraordinario esfuerzo en la educación como factor de justicia social, en el más noble sentido del término. Sobre esa base y la del esfuerzo individual, se desarrolla el ser humano en sus cualidades diversas. No sobre la base de que el Estado distribuya según los niveles de

renta, sino que el individuo haga un esfuerzo personal por despuntar y salir adelante.

La idea es que las desigualdades son evolutivas. Ningún país ni ninguna persona tienen garantizados sus niveles de renta, ni ningún país o persona están condenados a la pobreza. Por ejemplo, la Argentina era un país inmensamente rico en los años 30 y la incapacidad de sus élites gobernantes le llevaron a la ruina absoluta en los años 70. No estaba escrito ni que la Argentina fuera a ser un país rico, ni que fuera a ser un país pobre. Dependía de los argentinos y de sus élites dirigentes. En ningún sitio estaba escrito que el señor Conde –por poner un ejemplo cualquiera–, un estudiante de derecho, pudiera llegar a ser un banquero multimillonario, y si luego ha terminado en la cárcel ha sido por sus propios errores. Es decir: el destino no está escrito ni determinado. Las naciones y los individuos dependen de sí mismos, y lo que tiene que hacer cada cual es elegir su responsabilidad y tomar sus decisiones.

A esta idea de que las fronteras entre la izquierda y la derecha se han borrado contribuye esa confusa idea del centro, que es una ubicación electoral. En el centro se sitúa la inmensa mayoría de la población, que por naturaleza es moderada, no quiere extremismos ni de izquierda ni de derecha, y entonces los políticos van buscando esas ideas de moderación. A fuer de luchar por esa ubicación de centro, muchas veces los programas electorales de los partidos se confunden o se solapan. Lo que ocurre también es que los partidos son muy amplios, en el espectro de la izquierda a la derecha, y se entrecruzan. Pero cualquier periodista, analista o historiador avisado, en el momento en que hay una propuesta política concreta se percata de si hay una preponderancia del elemento igualitario o de la libertad. En cualquier caso, sabe dónde tiene que ubicar esa propuesta.

En cuanto a la actualidad de la izquierda, no creo que la socialdemocracia haya pagado factura por la caída del muro de Berlín. La ha pagado, la está pagando y la pagará el comunismo y los compañeros de viaje del comunismo. Pero la socialdemocracia no, porque se colocó frente al comunismo, no le gustó ese sistema y puede muy alto decir –con razón, indudablemente– que le gustan el Estado de derecho, el parlamento y la libertad. Lo que ha sucedido es otra cosa. Es que ha habido un desarrollo de los principios hayekianos y de la Escuela de Viena frente al mundo keynesiano. El keynesianismo valoraba la idea de la redistribución sobre la base de procedimientos democráticos con un Estado muy fuerte. Esto, a finales de los años 80, se ha mostrado como un despropósito, porque la capacidad de demanda de la sociedad es ilimitada y en el Reino Unido llegó a pedirse hasta el 89% de tipo marginal de los impuestos, en Suecia

estaban en el 75%; en fin, unas cifras que hundían a esos países. La revolución llamada neoconservadora o conservadora vino a decir en los 80 que el modelo keynesiano era un despropósito, que había que confiar en los individuos y que el Estado no estaba para expropiar a los trabajadores, a los profesionales y a la sociedad. La fuerza de esa idea es de tal naturaleza que la socialdemocracia se ha tenido que adaptar a esta nueva situación. Pero no es que a ellos no les gustara cobrar el 60 o el 70% de tipo marginal de los impuestos, sino que la opinión pública estaba harta de que le robaran y es muy difícil presentarse con esos planteamientos.

En la medida en que la economía global y los procesos de integración internacional avancen, es muy difícil que este modelo hayekiano retroceda. La experiencia es que Europa se integra económicamente de manera muy intensa, que hay programas no sólo de desarme arancelario interno, sino también externo, hacia terceros países, que la Ronda de Uruguay es un hecho y que la integración económica internacional es de tal naturaleza que cualquier país puede tener la tentación de subir impuestos y costes sociales, pero el capital se irá a otros países más competitivos.

Ni la derecha de tradición cristiana (en el sentido político del término, no en el religioso), socialcristiana e igualitaria, ni la autoritaria, que en España hemos tenido hasta el 1975 y cuyos restos todavía perduran en parte, sino la derecha que tiene un planteamiento liberal-conservador, que es una tradición muy amplia en Europa, recibe estos cambios en la izquierda con agrado, porque la caída del muro de Berlín significó que la amenaza totalitaria desaparecía, lo cual no es poco. En segundo lugar, ante el impulso de los planteamientos de Reagan y de Thatcher, del triunfo en definitiva de la escuela austriaca de pensamiento económico frente al keynesianismo e incluso frente al liberalismo neopositivista de la Escuela de Chicago, hay una sensación de que el nivel de debate es si la izquierda quiere el 56% y la derecha el 48% del tipo marginal de impuestos. Ante esta disyuntiva, entonces, que decida la opinión pública, que diga qué es lo que prefiere: pagar muchos impuestos y tener un Estado muy inoperante y muy burocratizado, o pagar menos impuestos y confiar mucho más en los individuos. Es un tipo de debate que no tiene nada que ver con el debate anterior, más o menos abstracto en cuanto a la importancia de un Estado fuerte o propietario. Creo que el debate de ahora se sitúa mucho más en términos de si somos eficaces en la educación, en la asistencia sanitaria y, a la vez, si somos capaces de generar ahorro y de reducir el paro. Desde luego, el modelo keynesiano llevaba a un paro altísimo, a una ficción de crecimiento sobre la base de la inflación y de crecimiento cada vez mayor del Estado, que se volvía insaciable, y llegaba a niveles de auténtica asfixia.

En cuanto a la actualidad de los partidos liberales, el partido liberal puro ha tenido el mérito de mantener en alto una antorcha que en el siglo XX en Europa ha sido muy débil, ya sea por el avance de una derecha autoritaria no liberal, ya sea por el avance del comunismo y del socialismo, que no tenían nada de parlamentarios ni de liberales. Frente a ese comunismo y a ese socialismo, buena parte de la derecha se confió a movimientos autoritarios de derecha o a movimientos socialcristianos de derecha. La Iglesia jugó un papel de movilización de masas alrededor de los principios de justicia, de igualdad, etcétera, desde el punto de vista de un conservadurismo de derechas o de una derecha cristiana. Esos partidos liberales, que levantaban una bandera incomprendida y en crisis, tenían muy poca influencia. Cuando el peligro o la calidad del mensaje teórico-político de la izquierda se ha venido abajo, la verdad es que la bandera de la libertad, la de los principios liberales, ha sido retomada, en gran medida por los conservadores de cuño decimonónico, pero también en buena medida por los partidos democristianos. Todo eso ha sido absorbido por un movimiento que en Europa conocemos con el nombre de «popular». Los partidos populares son una amalgama de esos partidos democristianos –algunos de ellos de origen autoritario–, socialcristianos, nacionalistas de derechas y sólo en poca medida liberales-conservadores de antiguo cuño, como es el caso de España.

A los nacionalismos pequeños que resurgen en Europa los veo, francamente, como un movimiento transitorio. Creo que el gran nacionalismo ruso, alemán o francés, y en menor medida el nacionalismo español, que ha sido siempre muy débil, son nacionalismos que tienen una raigambre histórica muy fuerte, apoyada fundamentalmente en su sentido de lengua (hablada por 40, 80 o 200 millones de personas). Estos nacionalismos tienen una entidad y la van a seguir teniendo en el siglo XXI. Sin embargo, los nacionalismos pequeños, identitarios, regionales, excluyentes, exclusivistas, tienen un futuro más problemático, porque a diferencia de los grandes nacionalismos, los de las antiguas naciones-Estado, están poco adaptados a la vida competitiva y moderna. Cuando la polémica política se sitúa en el plano de las ofertas que cada uno presente para solucionar los problemas de la ciudad o de la región, la de los nacionalismos regionales o no son muy distintas de otras soluciones, o son disparatadas. En consecuencia, les veo un futuro muy transitorio, muy limitado a quince, veinte o treinta años. Creo que el nacionalismo vasco tiene un horizonte reducido, al igual que el nacionalismo catalán. Y en una gran unión económica europea van a quedar mucho más reducidos, y para bien. Lo que ocurre es que estamos pasando por una suerte de constipado transitorio.

El nacionalismo no tiene prácticamente nada que ver con la tradición liberal-conservadora. Está mucho más en la línea de una tradición totalizante, eclesial, en el sentido más peyorativo y negativo de la palabra «tradición». Esto es, entendida como anquilosamiento. Por el contrario, la tradición liberal-conservadora es respetuosa con el pasado, tradicionalista en muchos aspectos, pero permanentemente se encuentra abierta a otras corrientes y situaciones. De tal forma que tampoco creo que ese nacionalismo identitario sea de izquierdas, sino más bien una tercera vía que surge en un momento de crisis de identidad propia. A mi juicio, con poco futuro. Sus perspectivas son de disolución o, al menos, de disolución de sus aspectos más combativos, reivindicativos y difíciles para la convivencia dentro de la propia comunidad. Porque el problema de estos nacionalismos no es la relación con los vecinos, que también lo es a veces, sino dentro de la propia comunidad.